

REFLEXIONES EN TORNO A LA CULTURA MATERIAL. NUEVAS APROXIMACIONES

CÈSAR CARRERAS MONFORT¹

Universitat Oberta de Catalunya

JORDI NADAL LORENZO²

*SERP (Seminari d'Estudis i Recerques Prehistòriques). Departament de Prehistòria, Història Antiga i Arqueologia.
Universitat de Barcelona*

There are no ideas but in things

W. C. Williams, *Paterson*, 1947

Objects inanimés, avez-vous donc une âme?

Slogan estudiantil de Mayo de 1968

RESUMEN

Para cualquier arqueólogo, la cultura material representa la base de toda investigación ya que es la documentación prioritaria sobre la cual construye sus teorías e interpretaciones. En los últimos años, algunos antropólogos como Appadurai o Kopytoff han propuesto una nueva lectura de cómo analizar la cultura material en el ámbito de la etnografía. Algunas de sus propuestas, debidamente adaptadas, permiten una reflexión más amplia sobre el estudio de la cultura material, que proponemos aquí.

PALABRAS CLAVE

Cultura material, etnoarqueología, significado del objeto, función, simbología, residuos sólidos, intercambio.

SUMMARY

The material culture represents for any archaeologist the basis for all research, since it is the key documentation on which theories and interpretations are built. In the last years, anthropologists such as Appadurai or Kopytoff put forward a new way of analysis on material culture in the field of ethnography. Some of their proposals, previously adapted, allow a wider reflection on the study of material culture, which we suggest here.

KEY WORDS

Material culture, Ethnoarchaeology, Object meaning, Function, Symbolology, Solide residues, Exchange.

¹ Profesor de arqueología y nuevas tecnologías en el Departamento de Humanidades de la Universitat Oberta de Catalunya (UOC), Av. Tibidabo, 39, 08038, Barcelona, e-mail: ccarreras@uoc.edu

² Profesor de Prehistoria del Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología de la Universitat de Barcelona, grupo SERP, Facultad de Geografía e Historia, C/Baldiri Reixac s/n, 08028, Barcelona, e-mail: jnadal@uoc.edu

INTERPRETACIONES TEÓRICAS DE LA CULTURA MATERIAL³

Si existe alguna disciplina en el campo de las ciencias humanas y sociales que está estrechamente relacionada con el análisis y estudio de la cultura material, es sin duda, la arqueología. Evidentemente existen otras, como la etnografía, donde el papel del estudio de la cultura material es también fundamental. A pesar de ello, en etnografía la información puede ser complementada con otras técnicas de análisis como la entrevista, la observación directa, etc., herramientas que la arqueología de épocas pretéritas, por motivos obvios, no puede aplicar.

La arqueología, desde siempre, incluso antes de convertirse en una disciplina científica, ha tenido como objetivo la recuperación de la cultura material de comunidades humanas del pasado, aunque no fue hasta mucho más tarde que esta recuperación se orientó hacia la interpretación de tales culturas.

En un principio, la arqueología se planteaba como una actividad estrechamente vinculada a la Historia del Arte, cuando ésta todavía padecía, también, una falta de criterio científico y se limitaba al disfrute esteticista de las obras. En este sentido, la arqueología actuaba como un simple sistema de recuperación de obras de arte del pasado, fundamentalmente de determinadas épocas, especialmente las clásicas. Esto significaba el rechazo de la mayor parte de la cultura material, asociada a dichos elementos de carácter artístico, que podía haber generado un grupo humano en un momento determinado de la historia, lo cual impedía su interpretación social.

Del mismo modo, la admiración por los objetos de las sociedades clásicas del pasado no podía desligarse de la propia admiración de los mismos productores y, a su vez, la recuperación de estos objetos se acrecentaba. Tanto por este posicionamiento como por la influencia de las ciencias naturales, a mediados del siglo XIX, la arqueología se convirtió no sólo en una técnica de recuperación de materiales sino en una verdadera ciencia que a través del estudio de los elementos que recuperaba pretendía comprender culturas ya desaparecidas.

³ Agradecemos a la Dra. E. Ardèvol, profesora de Antropología de la Universitat Oberta de Catalunya, sus comentarios y sugerencias a este artículo. Este trabajo ha sido realizado, en parte, con la financiación de los proyectos BHA 2000-0716, del Ministerio de Educación y Cultura, y SGR 2001-0002, de la Generalitat de Catalunya.

Las técnicas de la arqueología de campo se han preocupado fundamentalmente por establecer y registrar las relaciones físicas y cronológicas entre los objetos exhumados, y su estudio se ha centrado, a menudo, en la realización de tipologías que permitieran datarlos. En todo caso, se debe indicar que una preocupación casi obsesiva en la contextualización temporal de la cultura material llevó a la arqueología a olvidar su propio sentido de existencia: la interpretación de las poblaciones; frecuentemente el método se confundía con el objetivo, y éste era olvidado o negligido. Actualmente, la posibilidad de datar los objetos del pasado mediante métodos físico-químicos, más precisos que las seriaciones tipológicas, ha permitido aproximar el análisis del objeto al estudio de los trazos sociales de la comunidad que lo produjo.

En lo que respecta a esta interpretación social del objeto, la arqueología ha tenido también el respaldo de otras ciencias pioneras. En este caso, las aportaciones principales provienen de la antropología cultural, aunque detrás esté la filosofía, en concreto, la teoría del conocimiento. La interpretación de la cultura material padece los mismos problemas ontológicos y epistemológicos que el estudio de cualquier otro tipo de objeto, a pesar de que en nuestro caso se centra en cómo la cultura material se convierte en un transmisor de información del comportamiento de los individuos que la generaron.

Desde el nacimiento de la arqueología como especialidad, ésta siempre ha querido tomar en préstamo todas aquellas metodologías de otras disciplinas próximas que pudiesen facilitar su labor de interpretar la cultura material que ha perdurado a lo largo del tiempo. Ahora bien, dado que la casi exclusiva fuente de información de la arqueología es la cultura material, sin darse cuenta, la especialidad ha desarrollado una metodología propia de interpretación de los objetos dentro y fuera de su contexto.

En muchos casos, el hallazgo de un objeto de una cultura desaparecida representa un verdadero reto intelectual dado que se puede desconocer la estructura social y simbólica de aquella comunidad que lo generó. Gracias a las comparaciones etnoarqueológicas y las experimentaciones se ha podido dilucidar la significación de objetos de difícil catalogación (Calvo, 1999). En cualquier caso, las aproximaciones al sentido del objeto desde la arqueología experimental, a pesar de diferenciar entre *uso* y *función*, suelen reducir el sentido de la utilidad del objeto al mero uso (o función) mecánico, negligiendo así otras finalidades del «útil».

En una primera etapa, la arqueología aprovechaba las comparaciones etnográficas para interpretar la utilidad de los objetos, imaginando que había reglas universales idénticas para todas las culturas, o sea, que la forma de un objeto podría indicar fácilmente su función. Afortunadamente, esta perspectiva funcional empiricista se ha superado con posterioridad y se han descubierto los valores distintivos de los objetos para diversas culturas e individuos, sin tener en cuenta únicamente su forma.

Todo este análisis minucioso sobre la información que aportan los objetos aislados y/o combinados dentro de un entorno definido (hogar, poblado, habitación) es una de las aportaciones de la arqueología, que va más allá de su propia disciplina y que puede ampliar el conocimiento a otras ciencias humanas y sociales que investiguen sobre comunidades humanas (p.e. historia, sociología, antropología, psicología, etc.). Cualquier comunidad humana genera una cultura material que nos describe los valores, las funciones, las reglas sociales y las creencias del grupo, y aparte, nos puede dar a conocer la especificidad de cada uno de los individuos que la conforman.

El estudio arqueológico de la cultura material no se debe realizar de forma aislada sino en un amplio matrix teórico procedente de las ciencias sociales y estudios contemporáneos, que han contribuido a explicar como el individuo y las sociedades construyen sus mundos culturales y sociales (Conkey, 1999: 140).

Se debe recordar que no todos los datos obtenidos a través de la comunicación oral y escrita se ajustan a la realidad, y que a veces sólo son ficciones creadas por los individuos con la intención de preservar una imagen. Tal como recuerda Appadurai (1998: 4), la sociedad occidental en sus tradiciones históricas como la filosofía, el derecho y las ciencias naturales contraponen las palabras a los objetos, y, por extensión, a los hechos.

Por lo tanto, la observación de la cultura material proporciona una documentación alternativa que servirá para completar o contradecir aquellos datos obtenidos a través de otras fuentes. El estudio de la cultura material requiere su propia metodología, que se introduce a continuación a partir de un esquema propuesto por Kopitoff (1998) para responder un conjunto de 5 preguntas:

- ¿Cuáles son, sociológicamente, las posibilidades biográficas del objeto inherentes al estatus, periodo y cultura?, ¿son conocidas estas propiedades por el poseedor?

- ¿De dónde viene el objeto y quién lo ha hecho?
- ¿Cuál ha sido la trayectoria del objeto hasta el momento?
- ¿Cuáles son las edades reconocidas por el objeto?
- ¿Cómo cambia su uso a lo largo del tiempo y al final?

1. EL OBJETO COMO VALOR SOCIAL Y CULTURAL

Los objetos son elementos descriptores de una sociedad y de un individuo; con esta premisa se hicieron los primeros estudios etnográficos de campo, que recogían en dibujos y colecciones todos aquellos restos de cultura material susceptible de proporcionar información sociológica. Muchos de los estudios de los elementos de cultura material como tipo de casa, muebles o vestido en relación al estatus de la persona acababan siendo muy simplistas, cuando, de hecho, los indicadores sociales combinan más de una variable material y tienen bastantes condicionantes (Rathje y Murphy, 1993: 58). Sería preferible que cualquier objeto pudiera aportar la documentación que Strange (1989) idealmente espera obtener de una cerámica:

«[una vasija] puede significar que yo, como antiguo propietario de esta cerámica, pertenecía a este grupo, y creía en esta idea, que tenía este nivel de riqueza, y este estatus. Yo soy además de un específico sexo y realizo estas labores definidas por mi sexo, y esta cerámica se relaciona con este sexo y estas labores»

Una de las primeras fuentes de información es la vivienda, en su disposición, dimensiones, estructura interna y materiales de construcción y decoración. Comparando las diversas viviendas en una comunidad se puede establecer una primera estructuración social, a pesar de que se debe remarcar que no existen reglas universales. Por ejemplo, las dimensiones de las casas están en íntima relación no sólo con el poder económico del propietario, sino también con el clima; cuanto más cálido más vida social se realiza en la calle y por tanto no son necesarias viviendas excesivamente grandes, al contrario de lo que sucede en climas más fríos⁴.

⁴ Existe un estudio sobre la estructura de la casa inglesa de época victoriana y la casa romana pompeyana, de cómo los sirvientes y señores se distribuían el espacio, evitando al máximo el contacto directo (corredores y habitaciones eran dos subconjuntos separados).



FIGURA 1: Cementerio musulmán de Sidi Bou Saïd (Túnez).

Tal como indica Kopitoff (1998), los objetos que tienen un valor simbólico o estatus dentro de una comunidad son aquellos a los cuales se ha conferido este valor por unanimidad dentro del grupo; por tanto, existe una contraposición entre un objeto social y otro individual. Generalmente el poder se representa simbólicamente en objetos, precisamente para reforzarlo como un derecho singular que otorga toda la comunidad, como pueden ser los símbolos reales (p.e. coronas, cetros...), políticos (p.e. togas, vestidos...) o religiosos (p.e. hábitos, tiaras).

A veces estos mismos objetos simbólicos son los que diferencian una comunidad de otra, si el símbolo sólo tiene significado para una única comunidad, como podrían ser objetos de arte, representación política (p.e. bandera) o religiosos (p.e. vírgenes o tallas).

Conjuntamente con los diversos poderes de una sociedad, se asigna un conjunto de edificios distintivos con sus propios objetos simbólicos (p.e. monumentos, templos, palacios). Dentro de la comunidad, cualquier individuo que copia o reproduce de forma muy parecida alguno de estos objetos en su propia residencia indica que tiene, desearía obtener o aparentar este estatus o poder social.

Antiguamente, los individuos con cargos llevaban una indumentaria o disfrutaban de un transporte oficial de cierto lujo que rápidamente eran imitados por aquellas personas con poder económico que querían equipararse a sus representantes institucionales. Hoy en día, en las sociedades democráticas, los políticos evitan esta ostentación para poder ser identificados como parte de la mayoría de la sociedad, o sea sus propios votantes.

Los objetos simbólicos conferidos por la sociedad a un cargo cobran importancia por sí mismos y, por eso, su adquisición significa reproducir el mismo estatus de la persona a quién se le confirieron. Además de las personas con cargos públicos, la sociedad contemporánea reconoce objetos simbólicos en aquellas figuras destacadas en el mundo del deporte, el espectáculo y las artes, y toda su iconografía pasa a ser reproducida por sus admiradores.

Uno de los casos más evidentes son las modas juveniles que siguen las tendencias generadas por un cantante de pop o actor, y reproducen los vestidos y complementos de su ídolo. En algunos casos, los objetos distintivos identifican grupos de jóvenes o tribus urbanas con comportamientos muy pare-

cidos entre sí. Este efecto imitativo aparece reflejado en muchos objetos que pueden identificar un poder adquisitivo o prestigio, como por ejemplo en el origen de la utilización del teléfono móvil.

En Italia, a mediados de los 90, era corriente ver algunos teléfonos móviles, si bien era todavía un objeto de lujo por el precio del aparato y de sus llamadas. Al mismo tiempo, aparecieron juguetes que eran imitaciones muy reales de dichos aparatos. Lo más curioso del caso era que los juguetes eran comprados por adultos, que simulaban en lugares públicos (p.e. autobuses y metros) que eran teléfonos móviles reales, tal como denunciaron unos cuantos artículos en la prensa. En la actualidad estos aparatos se han popularizado y se ha producido el fenómeno inverso, los chicos en las escuelas presionan a sus padres para tener un móvil y no quedar excluidos de su grupo social, el resto de los compañeros de la clase.

Uno de los principios en que se sustenta la importancia social de un objeto es su valor económico, lo que cuesta obtener a través del intercambio. En este grupo se incluyen los objetos de carácter simbólico, relacionados con un cargo, pero también aquellos objetos hechos de una materia escasa (p.e. metales preciosos), únicos (p.e. una obra de arte), exóticos (p.e. difíciles de encontrar en el entorno geográfico próximo) y antiguos (p.e. pocos que han perdurado en el tiempo). Los poseedores de cualquiera de estos objetos que no tienen paralelo en una comunidad se convierten en personas con un gran prestigio social.

Ahora bien, se debe tener en cuenta que los objetos valiosos para una sociedad pueden no serlo para otra, como sucedía con el oro en América para los europeos o los espejos y alcohóles para las sociedades indígenas.

Cualquier sociedad tiene un conjunto de objetos con su significado social y cultural que le son propios. Algunos de los objetos están producidos por la misma comunidad y otros proceden de otros grupos, algunas veces próximos y otras distantes. Esta combinación de objetos es lo que conocen los arqueólogos y los etnógrafos como cultura material, y en la medida en que ésta se puede identificar e interpretar, tenemos otra clave de explicación para una sociedad.

Aparte de la cultura material común a todo un grupo, existe la selección de objetos que hace cada individuo porque los considera importantes para él o para su situación social. Por un lado existen objetos asociados, desde el punto de vista de la socie-

dad, al género de la persona (p.e. juguetes, utensilios diarios...) o el mismo objeto pero con decoraciones y colores diversos (p.e. azul y rosa para las batas del colegio). También hay objetos que reconocen una clase social, sobre todo en lo que afecta a su valor de intercambio, cuanto más caro más difícil de obtener, y por lo tanto indica un alto estatus social⁵.

Un tercer nivel de objetos reconoce grupos sociales muy diversos, desde agrupaciones profesionales, aficionados a determinadas actividades (p.e. esquí), orígenes comunes (etnicidad) o intereses comunes; todos estos objetos indican el ámbito de relación y pertenencia de una persona. En este caso, el género o el poder económico no son los criterios definitorios.

La disposición de los objetos dentro de la vivienda refleja estas pautas sociales comunes; no sólo se trata de identificar el objeto con un área de actividad sino su ordenación, que describe como vive la persona, si de acuerdo a un estado de confusión o de modo uniforme (Hall, 1966: 97).

Finalmente, cada individuo realiza una selección de objetos que sólo tienen significado para él y la gente más próxima, son objetos biográficos, que se explican a partir de las claves que la misma persona define (Kopitoff, 1998; Hoskins, 1998). La mayoría de estos objetos personales se encuentran en la propia vivienda o en el lugar de actividad del individuo, y su ubicación, en una posición más o menos destacada, representa la importancia concedida por la persona al objeto o bien si su valor es más íntimo o compartido⁶.

Ruesch y Kees (1956: 94) enfatizan la importancia de la selección de los objetos que realiza cada persona, ya que constituyen un lenguaje no verbal sobre aspiraciones, experiencias, emociones, entornos que el individuo nunca acostumbra a expresar en palabras. En arqueología o etnografía, cuando no se dispone del testimonio directo de la persona o de su círculo más próximo resulta muy complicado realizar una lectura profunda. Cuando se realiza un inventario de los objetos personales se deben responder una serie de cuestiones a partir de ellos (Collier y Collier, 1986: 48):

⁵ Actualmente los coches identifican este estatus, la exclusividad del modelo y su precio es un indicador externo del poder económico de una familia o individuo.

⁶ Collier y Collier (1986: 45-63) explican en detalle estudios etnográficos a partir de los inventarios de objetos de las viviendas que se van registrando mediante fotografías.

- ¿Cuál es su nivel económico?
- ¿Cuál es su estilo?
- ¿Cuál es la estética de la decoración?
- ¿Cuáles son las actividades del hogar?
- ¿Cómo se organiza el hogar?
- ¿Cuáles son los signos de hospitalidad y relajación?

Siguiendo este esquema se realizaron una serie de estudios sobre familias indias recolocadas en la bahía de San Francisco, y de cómo la cultura material de sus casas, a lo largo de los meses, sugería la adaptación a la cultura americana (Collier y Collier, 1986: 54-62)⁷.

Hasta aquí se ha analizado el valor social y cultural de los objetos en la vida de la persona, si bien estos pueden tener también un significado después de su muerte; es lo que se conoce como arqueología de la muerte. La mayoría de sociedades utilizan los rituales funerarios, las tumbas y los ajuares para hacer un homenaje a sus difuntos⁸, de tal manera que los objetos funerarios representan el estatus, poder, función y reconocimiento que la persona tenía en su día⁹. Humphreys (1982: 81) recuerda que todos los pueblos de la tierra tienen un culto a las tumbas, que éste lo realizan los descendientes asociados al difunto, y que se relaciona con el concepto de inmortalidad. De hecho, el mantenimiento de la memoria de un difunto con prestigio beneficia a su grupo de parentesco más próximo, que se reconoce como heredero del estatus de su antepasado.

El culto a los muertos y a sus tumbas, tal como indica Ariès (1982: 127), es «un elemento constitutivo del orden humano», un vínculo espontáneo tanto de la sociedad como de la familia. Las peregrinaciones de cada primero de noviembre a los cementerios, sean rurales o urbanos, no deja de ser una constatación de esta conducta tan enraizada.

⁷ Por ejemplo en el inventario de objetos de una familia india se tenían en cuenta los muebles más importantes, el uso del espacio, tecnologías, limpieza y estilo, cultura literaria, arte y música, juguetes y deportes, religión, objetos étnicos y «capilla» personal (lugar donde aparecen los objetos más destacados de la persona como fotos de hijos, de boda, trofeos...).

⁸ Para muchas sociedades, las pertenencias de una persona, su propia sombra e imagen son extensiones del individuo mismo, por ello cuando éste muere se deben enterrar con él (Lévy-Bruhl, 1985: 127-129).

⁹ Existe una minoría de religiones que están en contra de la ostentación delante de la muerte, y sus rituales son iguales para todo sus miembros (p.e. Islam).

En muchas culturas, los difuntos se hacen acompañar con objetos especiales, algunos diseñados sólo para este momento de paso del mundo de los vivos al de los muertos. Así, los príncipes chinos de las dinastías Chang o Zhou iban vestidos con trajes de jade o los príncipes micénicos con máscaras de oro. También la distribución de las tumbas en necrópolis colectivas puede representar las jerarquías sociales existentes en vida, en posiciones preponderantes para aquellas personas o familias con un mayor prestigio dentro de la comunidad.

Partiendo del principio etnográfico de que la apariencia de las tumbas es un reflejo del estatus social del difunto, algunos arqueólogos procesuales como L. Binford plantean que el esfuerzo invertido en la construcción del contenedor (tumba) es proporcional a la jerarquía social del individuo y el desarrollo de una sociedad¹⁰. A pesar de las evidencias, existen muchos ejemplos etnográficos que contradicen esta teórica ley universal (Metcalf y Huntington, 1991: 16)¹¹.

Los comportamientos funerarios son, de hecho, una buena muestra de la manera de pensar y actuar de una sociedad. Además, presentan la ventaja de que a menudo —no siempre—, el resultado de estos comportamientos funerarios se mantiene intacto con más facilidad que la cultura material de uso diario. En este segundo caso, la vida de los objetos, sus funciones, se entrecruza con la de los individuos y sociedades, que los descontextualizan de manera que su significado primigenio queda alterado o muy desdibujado.

Tal como indicaba Auguste Comte, la sociedad está compuesta de vivos y muertos, y la ciudad de los muertos es la otra cara de la sociedad de los vivos (*speculum mortis*), o más bien su imagen intemporal. La forma que se urbanizan estas ciudades de los muertos dice mucho de la forma de organizarse de una sociedad, la agrupación de familias, la distribución de las calles y el tratamiento de las tumbas individuales en relación con el conjunto.

En arqueología, debido precisamente a esta característica de conjunto cerrado del espacio mortuario, el uso de los datos procedentes del mundo

¹⁰ De esta forma se deberían interpretar las pirámides egipcias, el mausoleo de Halicarnaso o la tumba del emperador chino Qin Shi Huang con sus guerreros de terracota.

¹¹ Las tumbas de las 18 etnias de Madagascar evidencian una gran variabilidad en su constitución que en la mayoría de casos no reproduce la desigualdad entre grupos ni entre individuos.

funerario ha sido muy generalizado, y ha permitido contrastarla con la información obtenida en los espacios de hábitat, no sólo para reconstruir el fenómeno de la muerte en una cultura o sociedad determinada, sino también para hacerlo en el fenómeno de la vida, dado que este se proyecta, como decíamos antes, en las costumbres funerarias. La importancia de la excavación de la cultura material precedente de las necrópolis y de su interpretación ha supuesto la aparición de una disciplina propia dentro de la ciencia arqueológica como es la arqueología de la muerte o arqueología funeraria.

2. ORIGEN DEL OBJETO

Para poder establecer la génesis de la cultura material, se debería, en primer lugar, definir qué se entiende por cultura material. Bajo este término podríamos incluir todos aquellos elementos generados por la actividad cultural (no exclusivamente humana, pero generalmente humana) sean objetos, bienes (muebles e inmuebles), artefactos, útiles/herramientas o elementos residuales procedentes de su producción o uso (basuras, restos de fabricación). Esta definición es suficientemente amplia para que dentro del estudio de la cultura material que engloba un grupo humano se puedan analizar elementos modificados (elaborados) o simplemente seleccionados (producidos por la naturaleza), no modificados, para diversas tareas (desde la alimentación a la tecnología, lo que algunos investigadores —traduciendo del inglés— han llamado «arteusos» (Bate, 1998:151).

La definición anterior implica la incorporación dentro del término objeto no sólo del elemento modificado antrópicamente de forma intencionada, sino de todo aquello que conscientemente es seleccionado y, a veces, utilizado por los individuos de nuestra especie para interactuar con el medio que los envuelve, donde se debería entender no sólo el espacio físico, sino también el resto de seres vivos, incluidos los de su propia especie. Esto supone observar la cultura como una «etología humana», con unos trazos específicos, y estudiar la cultura material desde una perspectiva de «ecología humana» (Butzer, 1989).

Por lo tanto, la génesis de un objeto —centrándonos en un elemento muy específico de la cultura material, aunque no único— no se inicia con su transformación, sino en su selección.

Serrallonga (1994) propone como una definición de útil «aquel objeto, modificado o no, y de

cualquier materia, que ayuda o permite a un ser vivo conseguir una finalidad deseada», lo cual supone, según el autor, que un útil puede estar o no modificado, que no es exclusivo de nuestra especie, y que la función del útil puede variar según la finalidad deseada. Si bien Serrallonga no lo propone en su trabajo, la definición de útil es válida para cualquier objeto seleccionado por el hombre. Un producto alimentario, por ejemplo, se transforma en «objeto» por la propia selección intencionada y, al mismo tiempo, «útil» cuando su finalidad es ser consumido.

De la misma forma, la «naturaleza cultural» de un elemento, su carácter de objeto o «cultura material», no puede quedar explicitada por el observador si no es informado por el individuo que le ha otorgado tal significado. En caso de no existir una transmisión de información intencionada (oral, escrita, gestual), la identificación de un elemento cualquiera como «objeto» debe ser realizada a través de los posibles estigmas que aparecen a consecuencia de su fabricación o de su uso.

Por lo tanto, las modificaciones que un objeto padece en su origen son fundamentales para definirlo como tal, y además, una fuente de información imprescindible de sus creadores.

Un objeto es creado por un individuo por necesidad. Esta necesidad es siempre propia, si bien también puede ser compartida. En cualquier caso, puede no existir una relación directa entre la producción del objeto y la necesidad. Un objeto puede ser creado para el intercambio, de tal manera que desde su génesis se convierte en «mercancía» (*commodity*). Generalmente, en aquello que llamamos sociedades tecnológica y socialmente simples, existe una coincidencia —o una estrecha proximidad— entre el productor y el consumidor del objeto. El estudio del objeto nos informa ampliamente de las características del consumidor (como veremos después), pero también del productor. Entre las sociedades tecnológica y socialmente complejas acostumbra a existir un distanciamiento entre el productor del objeto y el consumidor, lo cual puede dificultar la lectura de la información que transmite la cultura material. El productor puede haber dado una finalidad determinada a la cultura material que posteriormente es redefinida por el consumidor, o, también, la finalidad puede coincidir pero el productor no puede disfrutarla. En estos casos, el objeto sólo nos habla del contexto cultural de su génesis de una manera indirecta.

En muchas poblaciones cazadoras-recolectoras, los objetos son realizados por los mismos indi-

viduos que harán uso de ellos. Sobre éstos recaen un serie de normas y tabúes que permiten establecer diferencias sociales (edad, sexo...) entre ellos, así como en la cultura material que se origina de su actividad.

Las armas de caza de algunas poblaciones son un reflejo de las características de su usuario, que al mismo tiempo es su creador, y sobre éstas —como también sobre el producto de su uso— recaen unas obligaciones: las armas no las pueden tocar las mujeres o los niños, las presas obtenidas con éstas no pueden ser consumidas por el propietario, etc. (Clastres, 1986). Por otro lado, y en los siguientes puntos intentaremos aclararlo, el productor puede quedar desvinculado totalmente del objeto (especialmente en sociedades complejas), sin que esto suponga que la fabricación no esté relacionada con una necesidad o una finalidad determinada: la existencia de elementos de lujo (desde joyas a productos alimentarios valiosos como los vinos, pasando por determinadas marcas de ropa o vehículos) tiene como finalidad principal informar del estatus social y económico de los individuos (superando la finalidad original de sistema de transporte o recurso alimentario) que los consumen o poseen. Al mismo tiempo también nos informa de la existencia de un colectivo que genera este producto y que no lo disfruta.

En ambos casos, el objeto habla de su origen y del contexto cultural de este origen.

Dentro de la producción del objeto, podríamos distinguir la «producción única» (artesanal) y la multiproducción. En el caso en que el objeto sea creado por el propietario, por aquel que lo utilizará, su producción es casi siempre única, ya sea hecha exclusivamente por el usuario o en colaboración con los individuos de su grupo. En el caso de la producción múltiple, los objetos suelen ser fabricados por individuos que no disfrutan (o que no son propietarios) del objeto desde sus inicios. Además, este tipo de producción suele uniformizar el objeto pudiendo intervenir de forma independiente diversos individuos en la cadena de fabricación.

Lógicamente, esto nos remite a otro aspecto importante en la génesis del objeto: su unicidad. En los casos en que el objeto es creado por quien ha de ser su primer propietario y usuario, el objeto es claramente único, a pesar de que no presente ninguna firma. En el caso que mencionábamos antes de las armas de caza entre ciertas poblaciones cazadoras-recolectoras, un objeto determinado es creado con los trazos que lo identificarán con su propietario, de tal manera que se establece un vínculo que difícil-

mente se puede romper. El periplo posterior del objeto y los posibles usos futuros son, potencialmente, inexistentes. A menudo, estos elementos tan personales mueren con el propietario, formando parte de su ajuar funerario como es el caso de los objetos de los esquimales o los Bana del Camerún¹².

En el caso de la multiproducción, los objetos se convierten en anónimos (muchos individuos disfrutan de unos objetos que son los mismos) como consecuencia de las características de su propia génesis. Curiosamente, las sociedades que producen sus objetos de forma industrializada, con un alto porcentaje de obra anónima, son, al mismo tiempo, las que más se preocupan por la existencia de productos con firma, hecho necesario si se los quiere diferenciar de otros de similares características.

La existencia de un objeto con firma puede ser resultado de diferentes motivos. En primer lugar, se debería mencionar las obras de arte. Sin embargo, éstas, sólo vienen firmadas en las culturas occidentales, o influenciadas por ellas, donde el arte adquiere como principal valor, no uno simbólico o técnico determinado, sino uno especulativo —difícil de determinar en origen—, de tipo económico. A partir de la generalización de las obras de arte con firma (sean de carácter literario, escultórico, pictórico, etc.), son pocas las que son reconocidas por la sociedad si se desconoce el autor, más allá de su calidad técnica o de su valor simbólico (Benjamin, 1973).

Además, la firma del objeto en el mundo occidental muchas veces no nos remite al primer productor sino al propietario de la cadena de producción (marcas del fabricante) o del consumidor (nombre del propietario final del objeto, grafitos). También es normal encontrarnos, en el caso del estudio de la cultura material, que el «nombre» del objeto no hace referencia al objeto en sí mismo (sea del productor, el propietario de la producción o el propietario del objeto) sino al producto del cual es contenedor. En arqueología es muy propio establecer que los contenedores cerámicos eran elementos fabricados de manera complementaria al producto que contenían y que, aunque de manera indirecta lo hagan, las firmas del productor no iban encaminadas a identificar la cerámica sino productos como vino, aceite, *garum*, grano, etc.

¹² Los esquimales consideran que los objetos fabricados por uno mismo como las armas de caza, el kayak o las raquetas no pueden ser heredados por nadie más, y deben ser enterrados con el difunto. Lo mismo sucede con la vivienda y objetos básicos de cualquier individuo de la tribu de los Bana (Lévy-Bruhl, 1985: 217-218).

3. PERIPLO DEL OBJETO

En el momento que se estudian los objetos propiedad de un individuo o de un hogar se está estableciendo una vinculación muy directa entre aquella o aquellas personas y el artefacto, como si se tratase de un elemento biográfico. Por otro lado, el objeto pasó a ser propiedad de aquella persona en una ocasión concreta, y desde entonces forma parte de su entorno inmediato. Así pues, se inicia la investigación de la historia del objeto a partir de su último poseedor, que por alguna razón lo adquirió o recibió.

Cada objeto está ligado a la vida de una persona, si bien hay objetos que adquieren tal valor personal que se convierten en narradores de la propia historia de uno mismo. Desde los simples objetos decorativos que recuerdan países visitados, experiencias de momentos nunca olvidados, libros, regalos o fotografías a objetos utilitarios que recuerdan los instantes de su adquisición (p.e. muebles, un televisor). Si se pide a una persona que escoja aquellos objetos que más han significado en su vida, posiblemente podrán explicar sin palabras la biografía de su propietario (Hoskins, 1998), en ocasiones de forma más sincera que el propio interesado (p.e. una fotografía). Una vez se entra en el entorno personal, el objeto narra la historia de uno mismo, cuáles serían las razones de su adquisición y su uso, pero a la vez nos indica que antes pertenecía a alguien.

Desde el origen del objeto hasta llegar a las manos del último poseedor, el utensilio ha realizado un recorrido físico pasando generalmente por numerosas manos. En cada una de las etapas de este periplo, el objeto participa de la historia de vida de una persona diferente, tal como señala Kopitoff (1998). Algunos de estos propietarios dejan su huella en el objeto al esgrafiar su nombre o un signo que identifique su propiedad, sobre todo cuando estos son de gran valor (p.e. anillo, medalla). En todas las sociedades con escritura, tenemos documentada la presencia de grafitos sobre todo tipo de objetos tanto de metal como arcilla.

Además de la información que el objeto puede proporcionar de sus diversos propietarios, aporta datos lo suficientemente significativos sobre su valor social de intercambio (Appadurai, 1998). Cada cambio de manos supone un contrato social entre dos partes que estipulan un valor diverso para esta mercancía que se transacciona.

Diversas escuelas antropológicas han analizado los diferentes mecanismos de intercambio que

existen en la sociedad. Las escuelas más tradicionales y formalistas definen que cualquier intercambio se establece según las reglas que fija el mercado, en las cuales se concede un valor al objeto en función de la relación que existe entre demanda y oferta (Schneider, 1974). Según esta escuela de pensamiento cualquier transacción escapa de la esfera social, y sólo se puede describir a partir de criterios económicos.

Al contrario, la escuela substantivista defiende que existen diversos mecanismos de intercambio, y que todos ellos están de una u otra forma ligados al ámbito social (Polanyi *et alii*, 1957). Por un lado se habla de reciprocidad cuando existe movimiento de mercancías u objetos entre personas o grupos equidistantes, de forma que el paso de un objeto de unas manos a otras obliga al receptor a pagar esta especie de deuda social mediante otro objeto o bien un servicio. Dentro del término reciprocidad se incluyen numerosas prácticas muy reglamentadas socialmente, tanto en lo que respecta a los que pertenecen a un mismo grupo como a los extraños, que iría desde el intercambio de regalos o dones (Mauss, 1954)¹³ hasta obligaciones jerárquicas dentro de la comunidad (Sahlins, 1983).

Un segundo tipo de intercambio se conoce como redistribución, en el cual existe un movimiento de apropiación de bienes por una autoridad central dentro de la comunidad (Estado, sacerdotes, cabezas de familia...), que posteriormente distribuirá estos objetos dentro del grupo en función de las necesidades. Generalmente, la redistribución permite la supervivencia de los especialistas que no están directamente implicados en la producción del sector primario (p.e. funcionarios, guerreros...) y también de los más desfavorecidos.

Finalmente, el último tipo de intercambio se conoce como de mercado, que se define por una transacción en direcciones opuestas con el objetivo, por ambas partes, de obtener los máximos beneficios. En ningún momento, según la escuela substantivista, el intercambio de mercado se limita a una mera transacción económica, muy al contrario, siempre hay un apartado social en el cambio de propiedad del objeto.

Sea cual sea el mecanismo de intercambio, al estudiar un objeto conviene hacer este recorrido

¹³ Mauss (1954) hizo un estudio social y simbólico de lo que suponen los intercambios de regalos a partir de la experiencia de la sociedad maorí, que incluye el concepto *hau* como espíritu del don.

inverso de su periplo para darse cuenta de su valor en cada momento, así como toda la información de interacción social que puede incorporar. Desde las mercancías que pueden suponer una parte de la dote de una novia y los regalos protocolarios como pagos de la hospitalidad hasta la más pura comercialización de objetos de culto¹⁴.

4. LAS EDADES DEL OBJETO

Como se ha visto en los puntos anteriores, y como se verá en el siguiente, podemos decir que los objetos (la «cultura material» en general) tienen vida: nacen —por selección o fabricación—, recorren un periplo (por transacción) y mueren. De la misma manera, la «vida» de los objetos puede comportar, a diferencia de los seres orgánicos, diversas muertes y diversos renacimientos, como así se demuestra en los objetos olvidados en el pasado y recuperados por los trabajos arqueológicos; estos, recategorizados, retornan a una nueva vida.

Por este motivo, tal y como comenta Kopitoff (1998), se puede establecer una «biografía cultural de los objetos». Necesariamente, el inicio de la biografía empieza con su nacimiento y finaliza con su muerte (abandono), teniendo en consideración lo que hemos comentado antes de que, si esta muerte no implica la destrucción, no puede considerarse como definitiva.

La vida de un objeto, más allá de estos dos momentos culminantes, está determinada por etapas, por edades. Estas edades dependen de que el objeto sea recategorizado por el propietario o que padezca un periplo, como hemos visto antes, un recorrido físico que supone el paso por diversas manos. Según esto, a lo largo de su vida, un objeto puede tener una o varias edades. Este concepto de edad del objeto es fundamental para interpretarlo, ya que, como hemos dicho antes, las edades pueden suponer nuevas definiciones, lo cual significa una acumulación de funciones y significados.

Un objeto, desde su génesis, puede ser «unifuncional» y «unisignificativo» o puede ser, al mismo tiempo, «multifuncional» y «multisignificativo» (sería, tal vez, no separar el significado del objeto de la funcionalidad). Generalmente, los obje-

tos responden con frecuencia a los segundos calificativos más que a los primeros: a menudo nos hallamos ante verdaderas «navajas suizas» que realizan múltiples funciones. Como ya se comentaba en los puntos 1 y 2, cualquier elemento, unos pantalones, por ejemplo, tienen múltiples funciones, desde protegernos del frío hasta permitirnos nuestra incorporación a los usos morales y sociales de una comunidad, y de definirnos y comunicar al resto de miembros de aquella comunidad nuestra pertenencia a un grupo determinado de sexo, edad, clase social (a través del color y el corte de los pantalones, marca, coste económico, etc.). A pesar de esto, los objetos, especialmente si padecen una degradación física o si la comunidad varía sus parámetros lingüísticos, pueden padecer una reclasificación sin necesidad de pasar de manos o descontextualizarse de un grupo humano determinado. Es uno de estos casos en que los objetos varían, por primera vez, de edad.

Kopitoff (1998:67) lo explicita con el caso de las cabañas de los suku de la República Popular del Congo. Cuando éstas se construyen tienen como función ser la residencia de un grupo familiar. Con el paso del tiempo, en las diversas edades de la cabaña, este objeto pasa a ser la casa de un invitado, de una viuda, un lugar de cocina o incluso un corral para aves de granja. Con el cambio de uso de la cabaña, varía también su significado, a pesar de no haberse descontextualizado de una cultura determinada o de un individuo en concreto.

Dentro de un mismo grupo cultural, si éste presenta una complejidad social y tecnológica considerable, los objetos varían de edad (función, uso y significado) sólo por el hecho de existir una disociación entre el productor, el consumidor y el intermediario. Como veíamos en el punto 2, una botella de vino tiene un significado, función y uso diferentes para quien produce el vino, para quien produce la botella, para quien comercializa el producto y para quien, finalmente, lo consume. Incluso, e independientemente de estar en un mismo contexto cultural, el significado y uso final de este objeto puede ser muy diferente según los consumidores (con un sentido exclusivamente gastronómico, o también social, económico, lúdico, etc.).

A pesar de lo dicho, actualmente, la sociedad consumista occidental dificulta la transformación funcional y significativa de los objetos dentro de un mismo contexto cultural. Cuando un elemento ya no cumple satisfactoriamente la función para la cual fue creado, su primera edad, simplemente se sustituye y se abandona, sin ser recategorizado. Las cajas de latón que en una primera edad servían para

¹⁴ Las reliquias cristianas se convirtieron en la Edad Media en verdaderas mercancías de lujo, que casi habían perdido su función original como objetos de culto para entrar en un ámbito puramente especulativo (p.e. huesos, astillas de la cruz).

contener galletas y que después cambiaban de edad y significado al convertirse en cajas de costura son, en nuestras casas, cada vez menos frecuentes.

Ya se mencionaba en el apartado sobre el objeto como valor social y cultural la importancia que tenía la ropa para identificar el estatus social de la persona, parentesco y pertenencia a un grupo. Algunas sociedades le dan un especial significado a la ropa, como es el caso de la hindú, en la cual el vestido describe externamente a la persona (Bayly, 1998). Por un lado, a través del vestido se conoce la «casta» a que pertenece la persona y los cambios de su estatus social. No sólo se cree que la decoración y los colores proporcionan un código social, sino que la propia ropa tiene cualidades en su sustancia que transmite a la persona que la lleva.

En las sociedades occidentales, la ropa también tiene un significado social e indica el poder económico y la categoría social de la persona. Ahora bien, existe una diferencia importante, cuanto más «edad» asume un vestido, menos categoría tiene su poseedor, lo normal será que una pieza de ropa se utilice una o dos temporadas, después de lo cual ya pasa a tener otra categoría o significado social. Así pues, este es un ejemplo claro de las edades del objeto.

Los objetos, en su naturaleza potencial de mercancía, pueden ser trasladados de su área de origen. Este fenómeno de translación suele comportar un cambio de edad según exista una recategorización en la funcionalidad del objeto. Se debe indicar que, actualmente, con la globalización cultural del planeta, son muchos los objetos que no varían de función y significado. Nosotros podemos importar de China tenedores y cuchillos que, sin casi ningún cambio de significado, sean empleados para la función para la cual fueron diseñados y fabricados. A pesar de ello, son todavía abundantes los casos de importación y exportación de objetos que son fabricados originalmente para una función y que son empleados para otra diferente en la cultura de acogida. Bombillas, pilas, latas, elementos propios de la civilización occidental, son a menudo utilizados como objetos de ornamento corporal por muchas otras culturas. Nosotros hacemos lo mismo: las armas, las alfombras o los contenedores de otras culturas, acaban asumiendo una función decorativa, lingüística y de prestigio social en nuestros hogares.

En este sentido, la etnografía, y por extrapolación la prehistoria, nos ofrecen interesantes ejemplos de descontextualización de los objetos, con la pérdida de su significado original y la adquisición

de mayor o menor valor económico o simbólico-social. De todos es conocido el caso de los cultos *cargo* que se desarrollaron desde finales del siglo XIX y durante el siglo XX en algunos puntos de Melanesia, especialmente en la isla de Nueva Guinea. Ya sea desde embarcaciones o más recientemente desde el aire, el mundo occidental hacía llegar a las poblaciones indígenas aquellos elementos que consideraban imprescindibles para su supervivencia o su «bienestar». El recibo de dichos materiales era interpretado como «regalos de los dioses» y eran utilizados bien como habrían supuesto sus «benefactores» occidentales o bien de manera totalmente diferente¹⁵. En cualquier caso, el valor y significado de los objetos había variado totalmente, desde su creación hasta su uso. Durante la Prehistoria, la situación de determinados objetos nos permite inferir situaciones parecidas en contextos sincrónicos pero culturalmente diferentes: las conchas que en yacimientos costeros son elementos subproducto del consumo y suelen ser abandonados en concheros son, al mismo tiempo, elementos de prestigio en zonas interiores, donde no aparecen necesariamente en basureros sino en enterramientos.

Así, por lo tanto, las edades de un objeto vendrán determinadas por su recategorización, el cambio en su funcionalidad, ya sea en un mismo contexto cultural o como consecuencia de un periplo más o menos largo tanto en el espacio como en el tiempo.

5. EL FINAL DEL OBJETO

Cuando el objeto llega a su última edad, o simplemente deja de ser útil en la función que se le había encomendado, se rechaza y deja su contexto cultural para pasar a un contexto arqueológico. Por ejemplo, cualquier objeto que se rompe, como podría ser una jarra o un teléfono móvil, ya no tiene ninguna función dentro de la sociedad a la que pertenecía, porque ha perdido las cualidades que le otorgaban un valor social y cultural.

El propietario de un objeto roto o estropeado deja de identificarlo como parte de su propia biografía, y generalmente buscará un sustituto en otro objeto de similares características. El objeto repudiado tiene dos posibilidades, reaprovecharse para una segunda función alejada de su uso original o

¹⁵ Respecto a las interpretaciones antropológicas de los cultos *cargo* puede consultarse Lawrence (1971).

bien pasar a convertirse en basura. En la primera de las posibilidades, el objeto vuelve a tener un valor social y cultural que muchas veces no tiene nada que ver con su primera función (aspecto desarrollado en el punto anterior). Un caso muy ilustrativo sería el aprovechamiento de objetos rotos de todo tipo (p.e. neumáticos, metales, clavos) para convertirlos, en las manos de un escultor, en una obra de arte. Vuelve entonces el objeto de nuevo a un ámbito social, pero como una materia de un objeto de un estatus muy superior.

Un segundo caso de reaprovechamiento, del cual se hablará con más detalle, sucede cuando los objetos de «otras sociedades» pasan a formar parte de las colecciones personales o de los museos de arqueología y antropología (Stocking, 1985). Esta práctica iniciada en el siglo XIX, como consecuencia de las políticas coloniales occidentales, y de los contactos con culturas hasta ahora desconocidas, supone conferir otro valor a los objetos, ligado en este caso con el discurso museográfico¹⁶.

Algunas de estas reutilizaciones presuponen un cambio de sociedad; así los objetos que ya no tienen ningún uso dentro de una comunidad, por estar en malas condiciones, pueden tener un gran valor en otras, donde este objeto es escaso —como ya hemos visto en el punto anterior. En época colonial, muchos objetos rechazados dentro de las comunidades occidentales podían convertirse en verdaderos símbolos de poder entre las tribus indígenas. En una sociedad el objeto había llegado al final de su vida, mientras que en la otra acababa de comenzar¹⁷.

Para alguien que estudie la cultura material es importante darse cuenta de si un objeto ha finalizado su ciclo vital o si ha sido reutilizado por la misma sociedad u otra diferente. Una vez identificado el momento de la vida en que se encuentra el objeto, resulta fundamental saber el por qué ha dejado de ser útil para unos y/o ha comenzado a ser provechoso para otros.

Cuando el objeto definitivamente finaliza su ciclo vital, acaba su función cultural y se convierte

¹⁶ El origen de muchos museos etnográficos está ligado al concepto de evolución (p.e. física, tecnológica), en que cada sociedad representaba, a través de su cultura material, un estadio dentro de la cadena evolutiva (p.e. Museo Pitt-Rivers o Peabody Museum).

¹⁷ Muchos de los souvenirs que los turistas compran en sus viajes exóticos son restos que ya no tienen ningún valor para sus sociedades de origen aunque comercien con ellos (p.e. piedras del desierto, Túnez).

en un rechazo. Según Schiffer (1976: 28-31), se pueden distinguir dos tipos de rechazo, aquel que se produce en el mismo lugar donde «actuaba» el objeto (primario) o bien aquel que se realiza en otro lugar (secundario). Un rechazo primario aún proporciona información sobre el antiguo uso del objeto, ya que se halla en el mismo contexto cultural. Para los arqueólogos que estudian sociedades antiguas resulta ideal encontrarse los objetos en basureros primarios, porque facilita las posibilidades de interpretación¹⁸.

Lo más normal es encontrar basureros secundarios, o sea un sistema de recogida de basuras, transporte y final deposición en una zona alejada del núcleo habitado; lo cual significa que el lugar de deposición del objeto no tiene nada que ver con su antiguo uso. Esta práctica es muy antigua, constatada en Egipto, Roma y Mesoamérica, cuando se produce una cierta concentración de población, porque las basuras cercanas provocan peligros en la salud pública, problemas de convivencia y bolsas de gas metano. Por eso, desde muy antiguo las sociedades se organizan para evacuar las basuras fuera de los núcleos de habitación (Carreras, 1998).

Si bien algunos residuos orgánicos son evacuados a través de las redes del alcantarillado, son los residuos sólidos urbanos (RSU) los que requieren un sistema de recogida y deposición complejo. Los residuos sólidos urbanos se producen en domicilios particulares, mercados, mataderos, zonas industriales, comerciales, trabajos de construcción y limpieza viaria. Actualmente cualquier ciudadano español produce una media de 1,3 kg diarios de RSU, una cifra que ha aumentado significativamente desde principios de los 80, en que la media estaba entre 0,55-1,1 kg (Marimón, 1980), si bien la media en el 1999 ya llegaba a 1,25 kg. La cantidad de residuos generados se ha demostrado que es directamente proporcional al poder adquisitivo; así un ciudadano alemán produce una media de 2 kg diarios y un americano, hasta 4 kg; por tanto, se trata de un indicador tan significativo como el Producto Nacional Bruto (PNB)¹⁹.

El comportamiento de la gente en relación a los RSU también responde al estatus de la persona

¹⁸ Binford (1988) constata que las bandas de cazadores recolectores dejan partes de los residuos de sus industrias cerca del lugar de uso, mientras no moleste a sus prácticas habituales.

¹⁹ En España las comunidades que producen más son Baleares (1,5 kg), Madrid (1,3 kg) y Canarias (1,27 kg), mientras que las menos productoras son Galicia (0,82 kg) y Aragón (0,8 kg).



FIGURA 2: Basurero del Monte Testaccio (Roma).

y a su educación. Por un lado, las clases medias y altas acostumbran a producir una mayor cantidad de residuos y además variada, si bien sus zonas de residencia son las más limpias, dado que tienen unos procedimientos de limpieza y recogida más perfeccionados. En cambio, las clases más humildes producen individualmente menos RSU, pero el grado de limpieza en sus barrios es menor (p.e. basureros incontrolados)²⁰.

La composición de los residuos es muy variada, y aquí es precisamente donde está el potencial de documentación de estos objetos rechazados (Rathje y McCarthy, 1977). La pauta general en la composición de los residuos en España (MOPU, 1982) incluye plásticos (2-5%), maderas (1-2%), cueros (1-2%), cartón (3-4%), papel (13-14%), restos vegetales-animales (40-70%), vidrio (3-5%), metales (3-5%) y otros (10-12%). Para el investigador la mayoría de residuos cotidianos hace referencia a la dieta (restos vegetales-animales, contenedores de plástico, cartón o vidrio), una información que de nuevo nos remite al poder adquisitivo, valores culturales y sociales, y etnicidad.

²⁰ Esta pauta de comportamiento parece intercultural en cualquier periodo histórico (p.e. Egipto faraónico).

La alimentación constituye una de las fuentes de información no escrita de las sociedades que más datos puede proporcionar, ya sea como fuente de energía y salud (nivel fisiológico), origen de sensaciones personales (nivel psicológico) o un medio de comunicación (nivel sociológico) (Cruz, 1991)²¹. Una de las formas de obtener una documentación detallada de las prácticas alimentarias de una familia es precisamente el estudio de su basura.

Precisamente, uno de los objetivos del proyecto *Garbage* (basura) realizado por el equipo de W. L. Rathje de la Universidad de Arizona (Rathje, 1974; Rathje y Murphy, 1993) era analizar los residuos urbanos contemporáneos de diversos hogares americanos para responder a cuestiones de metodología, prácticas alimentarias, comportamientos sanitarios, etc. Todos los restos hallados se cuantificaban y se incorporaban a una gran base de datos, que contenía información de ciudades como Tucson (1% de los hogares) o México capital. El principio era muy simple: si la basura será la clave, para los

²¹ Son recomendables las lecturas de J. Goody (1995) *Cocina, cuisine y clase*, Barcelona; M. Harris (1993), *Bueno para comer*, Madrid; J. Contreras (1993), *Antropología de la alimentación*, Madrid; además de J. Cruz (1991), *Alimentación y cultura. Antropología de la conducta alimentaria*, Madrid.

arqueólogos del futuro, para entender nuestra sociedad, seguramente ya poseerán esta clave para el presente.

El proyecto comparaba la cuantificación de los restos de la basura diaria de diversos hogares con la respuesta de los cuestionarios, y en la mayoría de casos se observaba que la gente, por error o voluntariamente, no respondía correctamente. Así, por ejemplo, las encuestas afirmaban que en la ciudad de Tucson la gente de ingresos medios consumía más vitaminas, y muy al contrario, por la de contenedores hallados en la basura se podía afirmar que eran la gente de ingresos bajos los mayores consumidores (Rathje, 1974). De acuerdo con este autor, los materiales de rechazo proporcionaban una historia honesta y objetiva del estilo de vida de la sociedad.

Del proyecto se desprenden algunos conceptos interesantes, que se han de revisar con más información procedente de otras sociedades, como por ejemplo:

- Los objetos de estatus son comprados generalmente por adultos jóvenes, gente mayor o miembros de minorías étnicas.
- Los restos de comida claramente reconocen la etnicidad de los hogares, si bien los inmigrantes de una determinada sociedad crean una dieta nueva al incorporarse a la sociedad receptora²².
- Las familias de rentas más elevadas generan menos restos alimenticios; al contrario son precisamente las rentas medias las que desaprovechan más la comida.
- Fuera de las áreas de residencia, y sobre todo en las proximidades de las vías de comunicación, la gente acostumbra a abandonar basuras ocasionales. Se calcula que la media en las autopistas americanas es de 3.279 objetos por milla.
- Las grandes sociedades han pasado de un reaprovechamiento racional de la basura, a un consumo desbordante con generación de mucha basura y finalmente una nueva fase de reciclaje. Cada una de las fases está en relación directa con su desarrollo económico; USA, por ejemplo, estaría en la segunda fase.

²² Los mexicoamericanos consumen una cantidad desproporcionada de ternera (189 gr al día), lejos de los menos de 100 gr que consumen en México o los 128 gr de los angloamericanos.

Gracias a este primer proyecto de investigación, los investigadores en ciencias sociales y arqueología se han dado cuenta del potencial del estudio de las basuras de una sociedad. La estrategia de la recogida de los datos y su registro es sumamente importante, basado en técnicas de muestreo estadístico combinadas con encuestas y excavaciones de basureros.

La última etapa de un objeto se puede considerar que es el momento en que pasa a formar parte del patrimonio cultural, histórico o arquitectónico de una sociedad. Seguramente ya hace mucho tiempo que el objeto ha dejado de ser funcional, pero por su rareza o antigüedad se incorpora al conjunto de artefactos que constituyen la cultura material de una sociedad. Este patrimonio tiene un valor muy importante, porque se convierte en uno de los signos de identidad de una nación, tenga o no Estado, y por tener un valor simbólico tan importante como la lengua²³.

Los museos modernos nacen a mediados del siglo XVIII en los países occidentales como templos destinados a acoger colecciones de objetos, así como su preservación, exhibición y estudio. Se incorporan a las colecciones aquellos objetos que son extraños, dado su valor o rareza, antiguos en el tiempo o pertenecen a otras culturas, sean antepasados de la misma comunidad o de otros grupos. De alguna manera estos primeros museos se han de entender en su contexto histórico, una época de gran desarrollo del nacionalismo en Europa y de expansión colonial, por tanto la selección de objetos de los museos respondían a los criterios de mantener la identidad nacional y, de paso, demostrar el poder delante de los otros.

La apropiación de los objetos del patrimonio cultural de otros pueblos era un símbolo del poder de las potencias europeas y americanas, como es el caso de todas las antigüedades mediterráneas (p.e. egipcias, mesopotámicas...) o las colecciones etnográficas. Si bien en la actualidad se han creado mecanismos para evitar este pillaje del patrimonio de los países más débiles a través de la UNESCO, no se han devuelto los tesoros culturales de los museos occidentales, a pesar de las campañas a favor del retorno a su propietario original. Por tanto, su presencia en museos occidentales sigue teniendo una fuerte connotación ideológica.

²³ Los mármoles del Partenón, también conocidos como los mármoles de Lord Elgin, que están en el British Museum, son una de las demandas continuadas del gobierno griego con un mayoritario apoyo de sus ciudadanos como uno de sus patri-monios en el exilio.

Desde el inicio, la disposición de los objetos dentro de un museo responde explícitamente a unas teorías, ideologías o finalidades que se quieren comunicar al visitante. Por ejemplo, uno de los primeros museos etnográficos, Pitt-Rivers Museum (Oxford), presenta una amplia colección, en la cual se agrupan los objetos según su forma, de tal manera que dan un mensaje etnocentrista de la evolución de la tecnología hasta llegar al nivel de la sociedad anfitriona. Un caso muy diferente era el Museo Americano de Frank Boas que agrupaba los objetos según criterios geográficos, contextualizándolos dentro de su cultura, lo cual transmitía un mensaje de relativismo. En los museos actuales, los objetos tienen un tratamiento diferente en su disposición y presentación, si bien también son transmisores de mensajes.

Como se ha querido sugerir a lo largo de este artículo, los objetos proporcionan una extraordinaria

información sobre personas y sociedades, que normalmente ha estado escasamente utilizada en los trabajos de investigación. Se trata de una documentación difícil de analizar, porque es siempre incompleta, aunque siempre es verdadera. Sólo se debe ser consciente de la metodología que se ha de utilizar para estudiarla, y sus limitaciones interpretativas. Sin duda, la cultura material representa un excelente complemento para muchas otras investigaciones en ciencias humanas y sociales. Nuestra pretensión ha sido ampliar de una manera general las posibilidades que presenta la cultura material en la interpretación de los comportamientos sociales. Personalmente, creemos que los arqueólogos hemos obviado la gran diversidad de información que se esconde detrás de los objetos, simplificando su lectura en aspectos exclusivamente «funcionales», y olvidando frecuentemente su carácter dinámico, «vivo», que transforma el significado y los usos a lo largo del tiempo.

BIBLIOGRAFÍA

- APPADURAI, A. (1998), «Introduction: commodities and the politics of value», en APPADURAI, A. (ed.), *The social life of things. Commodities in cultural perspective*, Cambridge, pp. 3-63.
- ARIÈS, Ph. (1982), *La muerte en Occidente*, Barcelona.
- BATE, L. F. (1998), *El proceso de investigación en Arqueología*, Crítica, Barcelona.
- BAYLY, C. A. (1998), «The origins of swadeshi (home industry): cloth and Indian society 1700-1930», en APPADURAI, A. (ed.), *The social life of things. Commodities in cultural perspective*, Cambridge, pp. 285-322.
- BENJAMIN, W. (1973), «The work of art in the age of mechanical reproduction», en BENJAMIN, W. (1973), *Illuminations*, Fontana.
- BINFORD, L. R. (1983), *En busca del pasado*, Barcelona (London, 1983).
- BUTZER, K. W. (1989), *Arqueología, una ecología del hombre*, Bellaterra, Barcelona (Cambridge, 1982).
- CALVO, M. (1999), «Reflexiones en torno al concepto de útil, forma, función y su relación con los análisis funcionales», *Pyrenae* 30, pp. 17-38.
- CARRERAS, C. (1998), «Els abocadors en el món romà: el cas de Londinium y Barcino», *Pyrenae* 29, pp. 147-160.
- CLASTRES, P. (1986), *Crónica de los indios Guayaquis*, Altafulla, Barcelona (París, 1972).
- CHAPMAN, R., KINNES, I. y RANDBORG, K. (1981), *The archaeology of death*, Cambridge.
- COLLIER, J. y COLLIER, M. (1986), *Visual anthropology*, Nuevo México.
- CONKEY, M. W. (1999), «An end note. Reframing materiality from archaeology», en CHILTON, E. S. (ed.), *Material meanings*, Utah.
- CONTRERAS, J. (1993), *Antropología de la alimentación*, Madrid.
- CRUZ, J. (1991), *Alimentación y cultura. Antropología de la conducta alimentaria*, Madrid.
- GOODY, J. (1995), *Cocina, cuisine y clase*, Barcelona.
- HALL, E. T. (1966), *The hidden dimension*, Nueva York.
- HARRIS, M. (1993), *Bueno para comer*, Madrid.
- HOSKINS, J. (1998), *Biographical objects. How things tell the stories of people's lives*, Nueva York.
- HUMPHREYS, S. C. (1982), *The family, women and death. Comparative studies*, Londres.
- KOPITOFF, I. (1998), «The cultural biography of things: commodities as process», en APPADURAI, A.

- (ed.), *The social life of things. Commodities in cultural perspective*, Cambridge, pp. 64-94.
- LAWRENCE, P. (1971), «Statements about Religion: the Problem of Reliability», en HIATT, L.R. & JAYAWARDENA, C. (ed), *Anthropology in Oceania*, Sydney. pp. 139-154.
- LÉVY-BRUHL, L. (1985), *El alma primitiva*, Barcelona.
- MARIMÓN, R. (1980), *Los residuos sólidos urbanos. Análisis de un servicio municipal*, Barcelona.
- MAUSS, M. (1954), *The gift*, Londres.
- METCALF, P. y HUNTINGTON, R. (1991), *Celebrations of death*, Cambridge.
- MOPU (1982), *Gestión de residuos urbanos*, Madrid.
- O'SHEA, J.M. (1984), *Mortuary variability. An archaeological investigation*, Nueva York.
- POLANYI, K.; ARENSBERG, C. M. y PEARSON, H. W. (eds.) (1957), *Trade and market in the early Empires*, Nueva York.
- RATHJE, W. L. (1974), «The garbage project: a new way of looking at the problems of archaeology», *Archaeology* 27. 4, pp. 236-241.
- RATHJE, W. L. y MURPHY, C. (1993), *Rubbish: the archaeology of garbage*, Nueva York.
- RATHJE, W. L. y McCARTHY, C. (1977), «Recycling and variability in contemporary garbage», en SOUTH, S. (ed.), *Research strategies in historical archaeology*, Londres, pp. 261-286.
- RUESCH, J. y KEES, W. (1954), *Nonverbal communication: notes on the visual perception of human relations*, Berkeley.
- SAHLINS, M. (1983), *Economía de la Edad de Piedra*, Barcelona (Chicago, 1974).
- SCHANKS, M. y TILLEY, C. (1992), *Re-Constructing archaeology. Theory and practice*, Londres.
- SCHIFFER, M. B. (1976), *Behavioural archaeology*, Nueva York.
- SCHNEIDER, H. K. (1974), *Economic man. The anthropology of economics*, Nueva York.
- SERRALLONGA, J. (1994), «Homo faber, el fin de un mito. Etología y Prehistoria, una aproximación al Presente para reconstruir el pasado del útil», *Pyrenae* 25, pp. 31-49.
- STOCKING, G. W. (ed.) (1985), *Objects and others. Essays on Museums and material culture*, Wisconsin.
- STRANGE, J. F. (1989), «Economics: some reactions to», en BLAKELEY, J. A. & BENNET, W. J. (eds.), *Analysis and Publication of ceramics*, B.A.R. int. ser. 551, Oxford, pp. 23-30.